



JACLAR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLAR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 6 Número 1 (Junio 2017)

Evelina Saponjić-Jovanovic

"Día tras Día"

Para citar el artículo

Saponjić-Jovanovic, Evelina. "Día tras Día" JACLAR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 6.1 (2018)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Día tras día

Las manos juguetonas y traviesas acarician el piano. En un instante, súbitamente, ella piensa en las notas de la partitura, pero parecen haber desaparecido de su mente. Comienza a tocar. Los dedos se deslizan por las teclas del piano, componiendo una nueva melodía. Al ritmo de su corazón. Tocando, se siente exaltada y a la vez llena de orgullo y energía. Magnífico. Es una sensación que hay que experimentar. El corazón palpitante guía el ritmo. Sigue con ella y la acompaña hasta la última nota.

¿Por qué esta sensación no puede durar más? ¿Por qué termina ahí, en ese preciso momento? Las manos están heladas, la cabeza está vacía. El corazón está cansado, callado. Se levanta. Se oye un aplauso.

Una chica joven tenía manos de piel blanca y dedos espigados de pianista. Suaves y tiernas. Con los años, tras numerosas vicisitudes, mutaron convirtiéndose en ocho tentáculos, violáceos, desconocidos y ajenos. Ahora ella se parece a un pulpo repugnante. Solía quejarse de que el día debería durar veinticinco horas para poder realizar todas las tareas del hogar. Ahora no hace falta. Con ocho manos las puede hacer todas y en menos tiempo. Parece un personaje de dibujos animados ya que sus manos son tan elásticas que se pueden alargar alcanzando todas las habitaciones de la casa sin moverse, e incluso el mismísimo jardín.

Como las manos de El Coyote, hambriento, que siempre intentaba alcanzar al Correcaminos burlador, su razón para vivir. Si yo le conociera, le diría: No te esfuerces tanto, es sólo un pájaro, un pájaro entre miles. Y te vas a dar cuenta nada más cazarlo. Pero quizá tú ya lo sepas, porque pospones la captura episodio

tras episodio. O El Correcaminos lo sabe y no quiere que te enteres de que él no es nada especial, un pájaro entre miles. También puede ser que haya llegado a quererte y no te quiera ver triste y decepcionado. Pero es mejor estar decepcionado que vivir en una nube de ilusiones. Simplemente no es correcto vivir en los sueños y olvidarse de cómo vivir."

Al levantarse a las seis, una mano abre la ventana, otra hace la cama y mientras una tercera ya está saliendo por la puerta y, somnolienta, se dirige a la cocina, enciende el gas y espera hasta que la cuarta le abra la nevera y, junto con la quinta, le traiga leche, cereales, zumo de naranja, pan, mermelada, huevos, yogur, y beicon. La sexta, la séptima y la octava mano ya están cada una en las tres habitaciones, despertando a su marido y a sus dos hijos, insistiendo hasta que los tres se despierten completamente.

Cuando terminan de devorar la comida, salen velozmente hacia el colegio o la oficina. Se apartan de ella sin mirarla a los ojos, sin decirle ni una sola palabra, sin agradecerle nada. Su verdadera madre y esposa es el televisor al que miran, descansando encima de la mesa del comedor. La televisión juega con ellos, los educa. Les ofrece momentos de amor, de aventura y de miedo a través de las numerosas películas que presenta. Lamentablemente, un televisor no puede hacerlo todo. Se sobreentiende que no los va a poder alimentar ni comprarles lo que hace falta. Y sólo para eso está ella. La madre y la esposa sirvienta. De repente entendió a Papá Noel. Año tras año trae regalos para todos, y año tras año se hace más triste y más viejo. Nadie nunca se acuerda de regalarle algo. "Yo soy Mamá Noel.", susurra.

Era el primer día en el mes. Es más, era lunes. Intentó imaginar lo que es para un optimista un día tan especial y sonrió por primera vez esa mañana: *Uno de marzo... ¡Un día maravilloso! ¡Me levanté temprano, trabajé un poco, pronto llegará la hora de comida! ¡Pasa un poco más de tiempo, y ya hay que cenar! ¡Ya ha pasado un día! ¡Cinco días más y ya pasó toda la semana! ¡Cuatro semanas más y ya pasó todo el mes! ¡Llegó el sueldo!*

"Por lo menos no perdí mi imaginación", declara en voz alta. Sale a la calle. Hay que ir a la compra, preparar el almuerzo. Un nuevo objetivo en su vida que hay que alcanzar. En el metro le espera multitud de gente. Todos apretujados, como sardinas en lata. Mejor dicho, como las rodajas de piña en la lata de la piña en almíbar. Unos encima de otros, abrazándose sin querer, rozándose, con risas forzadas y falsas disculpas.

"Eso probablemente pasa si dejas durante dos meses dos ratas del sexo opuesto en una habitación con suficiente comida", sugiere a sí misma en voz baja.

Los vestidos femeninos se acercan sin pudor a los pantalones masculinos. Las mujeres sienten las miradas de los hombres, pero disfrutan de esos breves momentos sonriendo. Es bonito sentirse deseado por alguien. Se agarran fuertemente, bien a las puertas o asientos, bien los unos a los otros, para que la fuerza que desplaza el vagón no le haga escapar de sí mismos, para no perder su identidad, buscándose en los ojos de otro. Las caras arrugadas miran como pasa su vida por las negras ventanas.

Entra en el supermercado. Las luces de neón y los dientes blancos de las chicas que promocionan productos la dejan temporalmente ciega. Mientras, sus ocho manos corretean por todas partes, cogiendo pan, leche, carne, zumos, chocolates, frutas y verduras, chocándose con las cestas de los otros viandantes por la avenida ancha del súper, su cerebro distraídamente reflexiona.

Erase una vez un hombre que se aburría. Para distraerse, el hombre se tatuó un código de barras. Lo hizo por divertirse, inventando los números a su antojo. Un día fue al supermercado, compró algunas cositas... Como todos. Pero al salir el detector de metales se activó. Todos corrieron hacia él. El encargado, los empleados, los vigilantes de seguridad... ¿Y? Resultó que no era un hombre, sino un paquete de cacahuets. Lo devolvieron a la estantería a fuerza, pero nadie quiso comprarlo. Pobre hombre. Caducó en esa estantería.

"No estaría mal quedarse para siempre en un supermercado. En una estantería.

Congelado en el tiempo. Sin moverse, sin esperar en la cola, sin salir, sin arrastrar las pesadas bolsas, sin depositar luego la compra en la nevera. Sin descongelar el pollo y sin empezar a cortarlo siempre con el miedo de no trocearte los dedos. Sí, estaría bien quedarse en el supermercado, por lo menos hasta que llegue mi fecha de caducidad", dice ella, como ausente.

Es al mediodía cuando el pulpo trabaja más. Dos manos están en la cocina, preparando el almuerzo, la tercera y la cuarta están en el salón planchando, mientras la quinta y la sexta están arreglando el jardín. La séptima, la más valiente, lucha sola con el retrete lleno de heces que lo atascan, mientras la octava abre los paquetes de Kleenex, secando las lágrimas de la mujer.

Cuatro sillas están presas por una mesa cruel redonda. La quinta está en la habitación, esperando pacientemente para que la liberen después de planchar.

Se mira en el espejo. La cara envejecida que ella intuye, con las ojeras provocativas y recordatorias, se burla de ella. Intenta parar de llorar. Habla nerviosamente: "Sabía yo que esto no iba a salir bien. En cuanto me desperté. Dicen que no está bien cuando sueñas con agua oscura, un vestido blanco, los dientes caídos o tu propio embarazo. Yo soñé que tenía un estómago enorme y que llevaba un vestido blanco. El bebé impaciente bailaba dentro de mi vientre. En el sueño, yo intentaba esconderlo. Me desperté empapada en sudor. Hoy ocurrirá algo malo, lo sé. No voy a salir de casa, no voy a coger el teléfono. 'Quien se cuida a sí mismo, Dios lo cuida', dice un antiguo refrán. Me voy a la cama y no saldré hasta mañana por la mañana". Dicho y hecho. Se fue a la cama. La comida la dejó preparada en la nevera, tanto el almuerzo como la cena. Nadie la buscó ni la preguntó cómo estaba y por qué no quería comer. Está bien. Excelente incluso.

Nadie tocó a mi puerta. Nadie me necesitó. Nadie pensó en mí. Nadie piensa en mí tanto tiempo. Se cubre la cabeza con la manta con la sensación rara de que el mal a pesar de todo ha ganado. El presentimiento no apareció en vano.

Se despierta a medianoche. Las explosiones fuertes hacen que la cama salte por la habitación. Los ronquidos de su marido. Le cuesta volver a dormirse.

Si yo roncara así, dejaría que me disparen con una escopeta como a un rinoceronte.

Diez minutos más tarde, la noche sigue temblando. Incluso las estrellas que ve por la ventana saltan y se estremecen. Será por frío que hace fuera a estas horas. Casi casi las quiere invitar para que entren y se calienten un poco como lo hacía de niña. Su cama salta por toda la habitación como un caballo salvaje e indomable.

Diez minutos más y, lo juro, voy a por una escopeta.

Las explosiones cesan, la cama se calma, convirtiéndose en un poni manso, y el volcán se apaga. Su marido ya deja de dormir boca arriba. Lo mira y ve al otro hombre. Un chico de instituto. Ahora un hombre hecho y derecho ya, con una familia y con un piano en el salón. Con una cara negra y blanca como las teclas de un piano. La tez blanca, pálida y fina; los ojos negros. Se acuerda de la conversación que tuvieron hace dos meses en la reunión de antiguos compañeros de instituto. Se encontraron allí por primera vez tras veinte años. La reconoció enseguida y se le acercó.

"¿Sabes esas situaciones en este tipo de reuniones cuando alguien te dice que en el instituto estaba enamorado de ti? Tú piensas: '¿Por qué no me lo dijiste entonces?', aunque, claro está, si te lo hubiera dicho entonces, no te habría importado. Pero no obstante sientes pena, y no sabes por qué. Yo te lo diré. Es una pena que se siente cuando te das cuenta que ya no estás en el instituto, que ya no tienes dieciséis años."

"¿Te has dado cuenta de que hablas aún más que yo? Y dicen que las mujeres somos habladoras."

Nos reímos juntos.

"Yo no estaba enamorada de ti, ¿lo sabes? Pero casi me enamoré mil veces. Cada vez que te veía en el pasillo, pensaba: Ahora me voy a enamorar. Pero nunca me

enamorado”.

“Lo sé.”

“¿Lo sabes?”

“Sé que es lo que quieres decir.”

Me abrazó. Durante algunos segundos pensamos que ahora nos enamoráramos uno de otro.

Pero como sabemos que eso no ocurrirá, vamos a pensar en ello sólo de vez en cuando.

¿Pueden regresar las oportunidades perdidas? ¿A dónde van una vez que las perdamos? ¿Las regalan a las otras personas? ¿Las tiran a la basura? ¿Todas las oportunidades perdidas se tiran a un mismo lugar, sin ningún orden, o cada persona tiene su contenedor aparte para las suyas?

A veces las oportunidades perdidas regresan. No son iguales que antes, son recicladas, pero no por ello menos valiosas. Algunas oportunidades perdidas no tienen precio. Si volvemos a nuestro pasado, las podemos reconocer. El dolor es el sendero que nos guía hacia ellas. Una vez que las encontremos en la basura, vamos a dejar de lado nuestro orgullo, junto al montón de basura, para excavar con las manos y recuperarlas. Entonces descubriremos su valor verdadero, van a brillar vivas y centelleantes delante de nosotros y nos vamos a alegrar por haberlas salvado del olvido.

Pero a veces sólo podemos mecerlas en nuestros brazos, heladas como un bebé nacido muerto y sollozar.

En la oscuridad de la habitación, también se acordó del día de su boda. De los ojos de su marido profundamente verdes y calmantes como las pastillas que ahora tomaba a escondidas para tranquilizarse y olvidarse de los problemas. Antes no le hacían falta. Las pastillas, digo. Los ojos sí que le hacían falta, porque no vio dónde se metía.

Y evocaba los recuerdos del anillo dorado, brillante como el futuro soleado que la esperaba. O por lo menos eso fue lo que ella imaginaba. Ahora lo nota en el dedo, lo contempla detenidamente pero no lo halla en su corazón, es como si perteneciera a otra persona. Es un trocito de oro oscurecido. Parece un diente amarillo, podrido con el paso de tiempo. Como si el pez que tenía preso en la pecera (para que los peques disfruten de su compañía) tragara su sentido y su verdadero significado para siempre. El pez en el acuario. Ella entre las personas. Tenían dos cosas en común. A veces ambos abrían la boca. Otra cosa: es curioso, pero ambos nadaban en los círculos repetitivos de su pequeño mundo, sin poder salir de la rutina cotidiana. Abrían la boca pero la voz no salía. Su relación con su marido llegó a ser un largo silencio, interrumpido de vez en cuando por discusiones breves hasta que ellas cesaron también.

Me dices: NO. Te pregunto: ¿POR QUÉ? Me dices: CÁLLATE. Te pregunto: ¿HASTA CUÁNDO? Me dices: NO LO SABES. Te pregunto: ¿CÓMO LO SABES? Me dices: DESPIERTA. Te pregunto: ¿Y TÚ, ESTÁS DESPIERTO? Y quince años así. Tú ahora me preguntas: ¿QUÉ FUE LO QUE HICIMOS MAL? No te contesto. Dices: ¡GUAU, GUAU! Digo: ¡MIAU, MIAU!

Un día las cosas entre ella y su marido se aclararon bastante. Llegaron a ser cristalinas. Ése fue el día cuando leyó un ensayo de su hijo pequeño titulado: “La primavera ha llegado a mi ciudad”. Lo encontró en su mochila. La profesora le dio un sobresaliente. Como cada madre orgullosa, lo empezó a leer con atención. “La primavera ha llegado a mi ciudad. El sol brilla, el cielo es azul y las nubes son blancas. Hay muchas flores. Me gustan a mí y a mi papá. Mi papá sale al jardín por las mañanas con el móvil y susurra a las flores que las quiere. Imagino que le gusta una flor en especial porque siempre dice: ‘Te quiero, te quiero. Tú eres la niña de mis ojos.’ Mi hermano me lo confirmó. Me dijo que papá está enamorado de una violeta. Tenemos muchas violetas en el jardín. Es normal que una le guste más que otras. Yo entiendo todo esto. Pero mi hermano se equivoca. Porque hace dos días cuando mi mamá me mandó comprar pan en la tienda al lado le vi abrazando a nuestra vecina. Y se besaron en la boca como me dijeron que se hacía en Francia.

Y ella no es violeta. Ella se llama Azucena. Mi papa era muy emotivo y yo nunca lo vi así. Seguramente se avergonzó porque cuando me vio dejó de abrazarla. Ella también se avergonzó. Me dijo después que eso debe ser un secreto. Y que no se lo puedo decir a nadie. Yo se lo prometí. Aunque no sé por qué mi papá se avergüenza de querer las flores. Yo también las quiero. En la primavera, mi amiga del cole Lucía siempre pone margaritas en su pelo de adorno. Por eso me gusta mucho la primavera.”

Después de esto, a ella no le queda nada en la vida. Así de simple. Y empieza pensar si hay algo después de la muerte. Puede ser que fuera ella la que se equivocó. Buscando donde no hay que buscar. Es posible que su razón para vivir, la razón que estaba buscando durante tanto tiempo en el juego del escondite eterno, estuviera más allá de la vida, escondida en la misma muerte. A ella nunca se le ocurrió buscarla allí. Se acordó de un artículo que vio en los periódicos:

“Una chica joven muere esta mañana en un accidente de tráfico, cruzando la calle por un lugar no señalizado, sin semáforo ni paso de cebra. Las enormes hojas del árbol de la vida que llevaba en los brazos no le dejaron ver el camión que se acercaba.”

Seguramente trabajaba en alguna floristería. Y les dijo que llegaría a las diez con el árbol de la vida. Pero pasaron las diez. Esperaban en vano. Al árbol, no a la chica. La mujer compara brevemente la vida y la muerte. La realidad y la ilusión. En la playa de su vida había un sol dorado, el sol de su anillo de la boda, y el agua verde y calmante de los ojos de su marido. En la playa de su vida ahora hay un sol oscuro y agua sucia y perturbadora. En la playa de su muerte hay un barco. La luna blanca, fina y pálida está atada al barco como un perro atado al trineo en su libro favorito, “Colmillo blanco”. La luna tiene la cara del chico del colegio del que nunca se enamoró. El agua y el cielo son oscuros como sus ojos.

Blanco y negro. Los colores de las teclas de piano. Y ya no tiene miedo. Entra en el barco. Navega con la luna. Acaricia el agua oscura del olvido y se va a dormir para siempre. El cielo negro la cubre cuidadosamente con su manta para que no coja frío y le toca el piano para que se duerma más rápidamente.

¿Qué es lo que dejamos atrás cuando nos vamos? Uno cuando se va deja un par de los zapatos vacíos que nadie va a querer ponerse. Ropa húmeda en el tendedero. La página ochenta y cuatro del libro que leía lentamente. El pez que circula por una esfera de vidrio llena de agua con árboles plásticos, hambriento. Uno cuando se va deja la luz del baño encendida, y deja su genialidad en un lugar donde todos la puedan ver. Para que la encuentren cuando la muerte llegue por fin. Incluso deja sus cabellos en el jabón. Sus sueños soñados hasta la mitad. Deja la cuchilla de depilación en el lavabo, un tiesto con una planta en la ventana, la peladura de una naranja en la mesa. Uno cuando se va deja al mundo que le abandonó hace mucho tiempo. Cuando uno se va, los pájaros ya no le siguen. Deja incluso a su nombre cuando se va y su cuchara, cuchillo y tenedor. Deja el parquet sin limpiar, los crucigramas a medias en la mesita de noche, al lado del frasco vacío de pastillas verdes. En el bolsillo, uno, cuando se va, deja un billete usado de transporte público.

Uno cuando se va deja un cuerpo. Y a veces, si tiene algo que decir, deja una carta.

Perfil del autora

Evelina Saponjic Jovanovic es licenciada en Filología y Letras Hispánicas, Máster en Lingüística Aplicada por la Universidad de Belgrado, doctora en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Madrid, y doctora en Literatura Anglo-norteamericana por la Universidad Complutense. Su especialidad son los microcuentos, la literatura de brevedad extrema, flash fiction, etc. La autora ha participado en varios talleres de escritura creativa y certámenes de microrrelatos y cuentos breves, tanto en Serbia como en España, obteniendo varios premios entre los que cabe destacar el primer premio en el Certamen 2011 de Cuento y Poesía de la Universidad Autónoma de Madrid por su cuento “Día tras día” y el tercer premio en el Certamen Internacional de Microrrelatos 2011 “Los Alephs” por su microcuento “La belleza está en los ojos de quien mira”.

Ha traducido varios poemas y cuentos del serbio e inglés al español, y de esta lengua a las anteriores. En este campo, destaca la traducción de español a serbio del libro de Horacio Quiroga "Cuentos de la selva".

Contacto: <evelinasaponjicjovanovic@gmail.com>